

Técnicas de aproximación al actor ciego

Por **Mónica Carlevaro**

Directora de «La Luciérnaga» de Madrid

Plantearse un método de estudio dirigido al actor no vidente, implica necesariamente la adaptación de la técnica interpretativa elegida para que el alumno ciego pueda obtener resultados similares al vidente. Esta adaptación obliga a indagar en los efectos de los distintos tipos de ceguera.

No es lo mismo aquella persona que ha nacido ciega, a otra que lo padece a raíz de un accidente o enfermedad cuando es joven o adulto. En el segundo caso, nos encontramos que el individuo posee una memoria visual de la que carece el primero. Esta diferencia puede —sobre todo para aquellos que están ajenos a la problemática del ciego— no ser importante; solemos hacer tabla rasa con estas diferenciaciones, sin embargo los comportamientos son distintos. Lo mismo podemos decir —obviamente— de aquellos que poseen un resto de visión o diferencian luz y bultos. En síntesis: Nos encontramos con diferentes tipos de ceguera que condicionan el comportamiento psíquico y físico de quienes los padecen.

Tanto el alumno ciego como el que no lo es, deben superar al principio determinadas barreras para posteriormente, poder acceder a la técnica interpretativa. Pero en el caso del alumno ciego estas barreras son mayores.

Por eso, en la primera etapa debe indagar y conocer sus inhibiciones para intentar vencerlas y avanzar. No poder ver lo que hace ni lo que hacen los demás, genera una sensación de aislamiento tremendamente perjudicial para el teatro. Es más, este sentimiento lleva a la convicción de que el ciego no puede acceder a la interpretación dramática, no sólo por parte de quienes ven sino también, de quienes padecen la ceguera.

El músico se expresa a través de instrumentos musicales; el pintor de sus pinceles, el escritor con la pluma, etc., pero el actor, es todo él su propio instrumento. Por eso es tan importante que el actor se conozca a sí mismo. El tomar conciencia de todo aquello que le impida expresarse libremente. Es este momento quizá, en el actor ciego, el más importante y delicado de su desarrollo. Al subir a un escenario habrá de enfrentarse con que debe dejar su bastón o lazarillo; con el miedo a los obstáculos; con el rictus físico que caracteriza a los no videntes, que no es más que un estado de alerta corporal —como le ocurre a un vidente que camina por una habitación a oscuras— y que genera tensiones y contracturas musculares; el espacio, las distancias, etc. No es lo mismo emitir la voz hacia un punto que percibimos que si no podemos verlo. Por eso cuando



"Los buenos días perdidos", de A. Gala. Dirección: Mónica Carlevaro. Grupo ONCE "La Luciérnaga" de Madrid. (1994).

toma conciencia de su cuerpo en el espacio, esto le provoca una apertura física y mental.

Al llegar a este nivel, se encara la comunicación emocional para un actor vidente. Esta comunicación no entraña ninguna dificultad. Su compañero no habla pero él ve su expresión. En cambio el actor ciego queda remitido a la soledad. Con diferentes ejercicios de concentración, adaptación, energía, —adaptados para él— logra desarrollar un nivel profundo de intercambio emocional. No hace falta la palabra. Comprende que el silencio no es sinónimo de vacío y toma conciencia del valor teatral del mismo.

En esta etapa de acercamiento a la actuación, el alumno ejercita la imaginación, velocidad de reflejos, memoria emotiva, concentración, adaptación. Cabe destacar la importancia de materias como expresión corporal y foniatría para lograr una preparación integral.

Todo este proceso, requiere una capacidad de entrega muy intensa por parte del alumno, el desarrollo de su voluntad y la comprensión de que, a pesar de las dificultades, pueda hallar su medio de expresión como actor y ser humano.